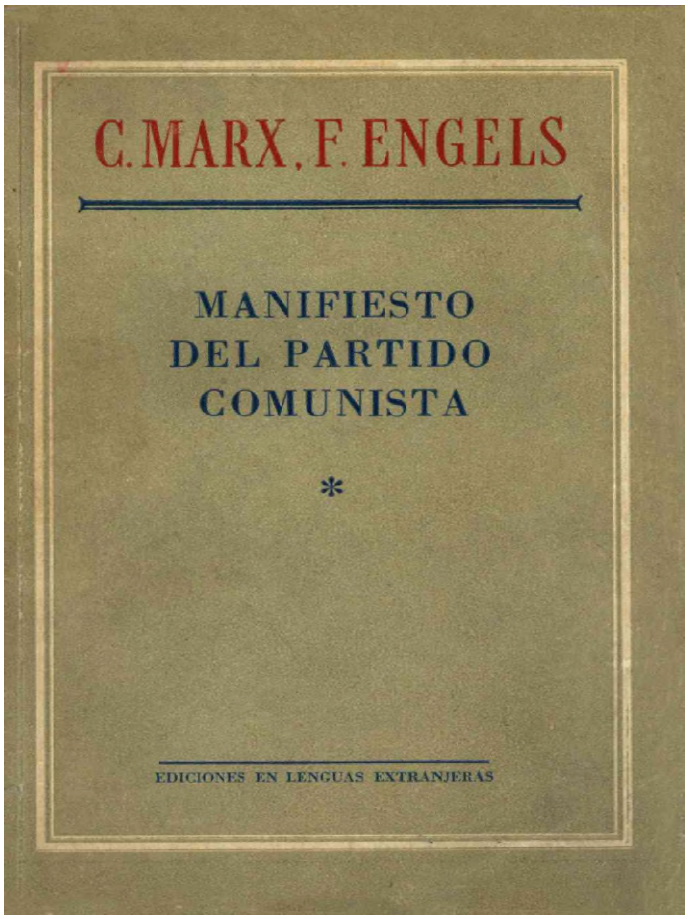
Marx y la religión

Javier Úbeda Ibáñez

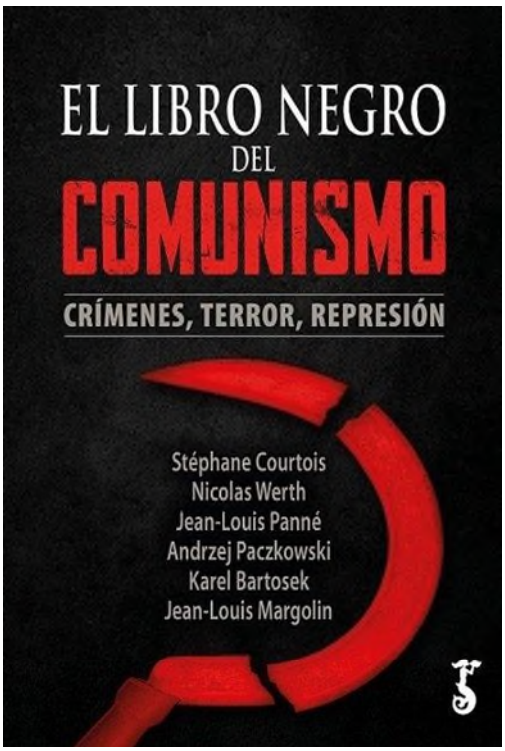
Marx era también un producto de la Ilustración materialista en su actitud sobre la religión, que tomó de Feuerbach: «El hombre es para hombre el ser supremo». Era una actitud corriente en el siglo XIX que se prolonga en el XX. Para Durkheim, lo que la religión adora es la sociedad misma de los hombres. O, como decía también Feuerbach, «el secreto de la teología es la antropología». Freud entendía la religión como una ilusión. Marx, mucho antes, como el mundo imaginario que impide darse cuenta del mundo real, «el opio del pueblo».

Casi un siglo y medio después, cuando desde 1989 tiene lugar la revolución de la libertad en los países comunistas, se podía oír cómo «el marxismo es el opio del pueblo». La religión no solo no ha desaparecido, sino que, de forma no siempre clara y coherente, ha encontrado un afianzamiento insólito hace apenas cincuenta años. Una figura como la de Juan Pablo II es una referencia de libertad y de profundidad humana y espiritual. En su histórico viaje a Cuba, es él quien hace posible la liberación de presos políticos. El mismo Papa ha sido también la voz más clara en contra de la guerra y de las injusticias sociales. Un cristianismo, además, que no se identifica, como en

otros tiempos, con determinadas posturas políticas. No hay alianzas actuales entre el Trono y el Altar, a no ser en países islámicos y en algunos de confesión cristiana ortodoxa (la misma Rusia, Grecia, algunos países balcánicos).



Si se puede extraer una lección histórica de los más de 150 años transcurridos desde el ***Manifiesto comunista*** (1848, texto de Karl Marx y Friedrich Engels), es precisamente la transitoriedad de las ideologías. Los horizontes mentales, los paradigmas teóricos, las filosofías que pueden en algún momento parecer definitivas son episodios de algo mucho más complejo e inabarcable: la historia humana, que sigue estando en manos de la libertad.



En 1997, al cumplirse 70 años de la revolución soviética, doce historiadores franceses publicaron ***Le livre noir du communisme*** (***El libro negro del comunismo***, Ed. Robert Laffont, 1997). Son 846 páginas en las que se intenta hacer balance de los millones de víctimas provocadas por el comunismo en todo el mundo. A pesar de que los crímenes son innegables, el libro suscitó ásperas discusiones. Con motivo de su traducción al italiano, el coordinador del libro, Stéphane Courtois, hizo algunas declaraciones al diario *Avvenire* (1-II-98):

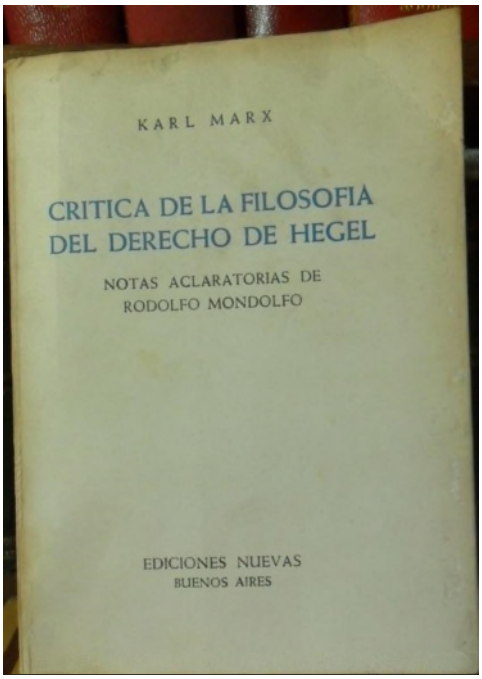
«En el capitalismo nunca ha sucedido lo que ocurrió en la URSS en 1937-1938, cuando 700.000 personas fueron fusiladas según listas con el visto bueno del jefe del Estado. Seamos serios: hay que mirar no los episodios sino la continuidad de la historia. Y la continuidad de la historia del comunismo es el terror como método de gobierno».

Courtois subraya que «el olvido del mandamiento "no matarás" hace que la revolución se convierta en una fuerza inhumana. El atenerse a unos mandamientos que son también grandes valores humanos ha hecho que la Iglesia haya sido "una gran fuerza progresista"». «Sé que no les gusta a muchos de mis amigos de izquierda, pero una de las personas que antes y con más claridad condenó el doble totalitarismo nazi y comunista fue Pío XI en 1937, con las dos encíclicas, *Mit brennender sorg*e y *Divini Redemptoris*, que pueden ser leídas todavía hoy y que conservan toda su fuerza».

Marx y Lenin

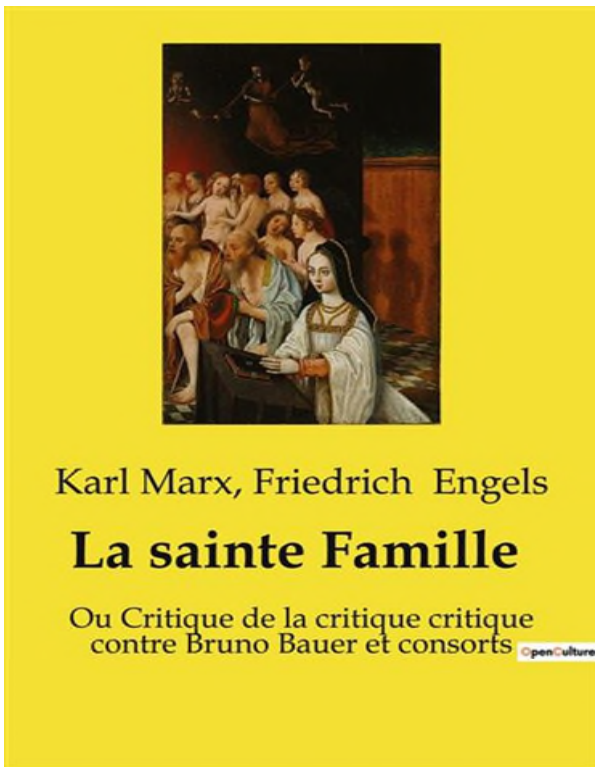
Lenin, el fundador de la Unión Soviética, está de acuerdo con Marx: «La religión es el opio del pueblo. La religión es una especie de aguardiente espiritual de mala calidad, en el que los esclavos del capital ahogan su imagen humana, y su demanda por una vida más o menos digna del hombre…» (*El socialismo y la religión*, escrito en 1905).

En coherencia con los postulados rigurosamente materialistas de Karl Marx, su sistema ideológico rechaza necesariamente cualquier valor que trascienda la dimensión espacio temporal en que ha de situarse el ser humano. Pero —más allá de Feuerbach— Marx no considera la religión como un mero «error teórico», sino como tremenda «enajenación» del hombre, consecuencia de la situación de miseria en que se encuentra y que le hace buscar en un «más allá fantástico la esperanza del remedio de sus males» (por supuesto, no serían otros que los de orden material y, en el fondo, económicos).



«La religión —dice Marx en su ***Filosofía del Derecho***— es el suspiro de la criatura oprimida, la conciencia de un mundo sin corazón, así como ella misma es el espíritu de una situación sin espíritu. Es el opio del pueblo; es decir, algo así como una droga, una evasión de la realidad, un refugio del sentimiento que, por otra parte, según Marx, impide al hombre lanzarse a la conquista del bien temporal de la sociedad, mediante la lucha con las fuerzas opresoras que no serían otras que las del capitalismo. La lucha a muerte con el capitalismo para instaurar la soñada sociedad comunista («último fin» marxista) es el motor de la praxis marxista, su fuerza de arrastre, su mensaje mesiánico».

Según Marx, la religión al prometer el paraíso en la otra vida y predicar la paciencia y la resignación en este mundo, aparta al hombre del esfuerzo por mejorar su suerte en la tierra. Por eso, dice, «la verdadera felicidad del pueblo exige la supresión de la religión en cuanto felicidad ilusoria del pueblo»; «ilusoria» por cuanto no cambiaría nada la situación del hombre. De ahí que se tilde al creyente de desertor de esta tierra y a la religión de «reaccionaria», «conservadora», «opuesta al progreso de la humanidad».



Una vez puestas tales bases, Marx se lanza a desprestigiar toda religión, aunque sus afirmaciones tengan que chocar frontalmente con los datos históricos más verificables. «Los principios sociales del cristianismo —afirma en ***La sagrada familia***, con toda gratuidad— han justificado la esclavitud antigua, glorificando la servidumbre medieval, y cuando llega la ocasión, actualmente, saben justificar el proletariado, aunque con un aire aparentemente contrito. Los principios sociales del cristianismo predican la necesidad de una clase dominante y de una clase dominada... Los principios sociales del cristianismo trasladan al cielo la compensación de todas las infamias, y de este modo justifican la perpetuación de estas infamias sobre la Tierra... como justo castigo del pecado original... (como) tribulaciones impuestas por el Señor. Los principios sociales del cristianismo predican la cobardía, el desprecio de sí mismo, la humillación, la sumisión, la humildad: es decir, las cualidades de la canalla. El proletariado que se niega a dejarse tratar como canalla —continúa Marx— necesita todo su coraje, de la propia estimación, de su orgullo, y de su gusto por la independencia más que de su pan. Los principios sociales del cristianismo son cautelosos; el proletariado es revolucionario» (K. Marx, *La Sainte Famille*, trad. Molitor, Oeuv. phil. Costes, t. lll, pp. 84-85).

Al cristianismo le debemos precisamente la condena de la esclavitud y la progresiva liberación de los esclavos en Occidente. Es en el cristianismo —

y no en el marxismo— donde se ha profundizado en el concepto de libertad personal, individual, de la persona concreta de carne y hueso; y se ha reconocido el valor de la persona (singular) frente a los materialismos —también el marxista— que la presentan como un mero producto de la materia, no más que como un ilustre simio sometido a las necesidades de la especie. En ningún documento cristiano se encontrará la afirmación de que deban existir clases dominadas y dominantes ni justificación alguna de las infamias. Lo que enseña el cristianismo es que el hecho de sobrellevarlas sin odio, por amor a Dios y al prójimo, hallará recompensa en el cielo. El cristianismo enseña que el Señor tolera las infamias que se infieren a los buenos, porque en su omnipotencia sabrá sacar de ellas bienes para estos; ni las quiere Dios ni manda permanecer con los brazos cruzados: lo que sí hace es prohibir aquellos medios intrínsecamente malos y que, por consiguiente, no pueden justificarse, aunque se pusieran para conseguir un buen excelente. El cristianismo exige la valentía de dar la vida —si fuera menester— confesando la verdadera fe. El cristiano no desprecia más que el pecado; ni se desprecia a sí mismo ni puede despreciar a pecador alguno...

Pero a Marx no le parece importar la verdad, sino su verdad. O tal vez no se ha preocupado de mirar un poco más allá de una perspectiva doméstica o «provinciana». Marx se desentiende de si la religión se justifica racionalmente o no, o de la posibilidad de que haya alguna religión revelada por el mismo Dios. Marx ha decretado que Dios no existe; por lo tanto ha de buscar las raíces del universalísimo fenómeno religioso en las únicas condiciones que reconoce, esto es, en las condiciones materiales de existencia y, más concretamente; en las condiciones económicas.

Lo primero que cabe objetar a Marx es, por consiguiente, que su argumentación tiene un mal comienzo: el de presuponer —a priori, sin previa indagación— que Dios no existe, sin atender tampoco a los argumentos en favor de la existencia de Dios tal como han sido desarrollados por los más destacados pensadores a lo largo de más de veinte siglos. Marx aludirá a ellos, pero desfigurándolos previamente.

En segundo lugar, cabría señalar que el criterio que guía a Marx en su crítica a la religión es el de la *utilidad social*. En rigor, Marx no se pregunta si hay Dios, sino si es útil o perjudicial que los hombres crean en Dios; y responde con la segunda alternativa: Marx comete pues varios errores: reduce la religión a un fenómeno social y afirma que es perjudicial para la sociedad.

Solo puede acusarse a la religión de «reaccionaria» cuando se pretende que el progreso social no puede lograrse más que por la revolución violenta y bajo la forma del comunismo materialista. El cristianismo —frente al

comunismo— defiende la propiedad privada por muy sólidas razones que se fundan precisamente en algo que desconoce el materialismo dialéctico: la dignidad de cada persona humana en singular (no ya del «hombre genérico») y su derecho a disponer en propiedad (no como un préstamo del Estado o de la comunidad política) algo más que su cepillo de dientes: aquellos bienes convenientes para llevar —con los suyos—, una vida conforme a la dignidad que le es propia.

La Iglesia no es «conservadora» ni «progresista»; trasciende estas categorías, porque su fin esencial es sobrenatural: la salvación eterna de los hombres, sin desentenderse, al contrario, de su modo de existir en el mundo. Cumpliendo fielmente su fin hará indirectamente la más eficaz labor en el orden social, despertará la responsabilidad de los fieles con vistas al servicio que han de prestar —desde muy diversas opciones temporales— a sus hermanos del mundo entero.

La actitud ante la religión en el mundo marxista es inequívoca, inalterable en la teoría y de hecho inalterada: «El marxismo es el materialismo, dice Lenin. Por este mismo título, es implacablemente hostil a la religión, como lo era el materialismo de los enciclopedistas del siglo XVIII o el materialismo de Feuerbach... Pero el materialismo dialéctico va más lejos que los enciclopedistas o que Feuerbach... Debemos combatir la religión. Esto es el abecé de todo materialismo; por tanto, del marxismo. Pero el marxismo va más lejos. Dice: es necesario saber luchar contra la religión, y para esto es necesario explicar, en el sentido materialista, las fuentes de la fe y de la religión de las masas». La actitud está clara, la intención también; y los métodos, para el que conozca la moral marxista son muy previsibles.

En resumen, según el marxismo, la idea de Dios es la proyección en un ser fantástico de las fuerzas físicas y sociales que dominan al hombre, de modo que la idea desaparecerá en el momento en que se llegue a un dominio tal de la naturaleza —la ensoñada sociedad comunista— que ya sea inútil la idea de Dios.

El marxismo, se declara antimetafísico; huye, en consecuencia, del uso de la razón para continuar con un discurso riguroso la experiencia sensible, se ciega a sí mismo para comprender tales cosas, y al tiempo se desautoriza para una crítica válida de lo que acríticamente —a priori— ha querido negar.

El marxismo cree que la religión debe ser suprimida atendiendo a la naturaleza misma de la religión, que viene calificada de «alienación». Palabra ambigua, ciertamente, en los diversos textos y contextos marxistas, pero, para lo que hace al caso, quiere significar lo opuesto a autonomía, libertad, independencia.

Engels

Añade Engels: «La religión es el acto por el cual el hombre se vacía a sí mismo; por esencia, la religión vacía al hombre y a la naturaleza de todo su contenido, transfiere este contenido al fantasma de un Dios en el más allá...». Esta es la afirmación más grave del marxismo, la que presenta mayor alcance; es la crítica a la esencia misma de la religión, presentada como negadora de la esencia humana. La negación de Dios es, en el marxismo condición necesaria de la afirmación del hombre [coincidencia plena con el existencialismo de J. P. Sartre].

El gran dilema marxista —Dios o yo— solo tendría sentido en la absurda hipótesis del «homo homini Deus», que el hombre hubiera de ser Dios para el hombre.

Hegel

El marxismo —tributario de Hegel, su «Izquierda hegeliana»— se ha presentado con las atribuciones de un mesianismo profético. Este ha sido uno de sus grandes errores y causa de su disolución como ideología omnicomprensiva. Hegel creyó que su sistema filosófico era tan perfecto que con él había llegado el fin de la Historia. Su prestigio era inmenso; fue un genio de la época romántica.

La vida sigue y la verdad como la libertad no se dejan apresar por sistema alguno, por ninguna ideología. La libertad y la verdad —estrechamente solidarias— no son una producción del hombre sino el gran don del Creador y —más tarde o más temprano—, la mente humana se da cuenta de que todo lo valioso que posee o puede poseer tiene su origen en un **don** que no puede haberse dado a sí mismo.